

Experta en comportamiento electoral, dice que la polarización en las elecciones es la forma en la que los partidos buscan definir sus identidades, y que puede que los reorganice alrededor de dos nuevas opciones.

Por Muriel Alarcón

Apocas horas de que los candidatos a la presidencia chilena acaben su campaña, Vicky Murillo no titubea. Al repasar lo que más le ha llamado la atención del actual proceso electoral chileno es inevitable que haga la comparación con lo que ocurría en el país en la década de los 70.

“Chile tenía una sociedad súper polarizada, con los polos en la izquierda y la derecha, y un centro que, de alguna manera, mediaba. Era una sociedad que volvió a la democracia alrededor de un plebiscito muy polarizante también”, dice la politóloga argentina desde la oficina que tiene en la Escuela de Asuntos Públicos e Internacionales en la Universidad de Columbia, en Nueva York.

“Durante los años de la transición a la democracia, por obra de las élites, se buscó bajar el tono de esta polarización y en algún momento se creyó que había sido superada. Sin embargo, pareciera que esto despertó nuevamente”, continúa. “Hoy los dos polos son, de nuevo, izquierda y derecha, pero esta es una izquierda y una derecha más antisistema, que rechaza el intento despolarizante de la transición democrática”.

Cientista política de la U. de Buenos Aires y doctora de la U. de Harvard, Vicky Murillo es también la directora del Instituto de Estudios Latinoamericanos, el centro de investigación sobre América Latina de Columbia, y una voz respetada para hablar de economía política, comportamiento electoral, la debilidad institucional y las políticas públicas en la región. Uno de sus más recientes libros, “La Ley y la Trampa en América Latina”, escrito en coautoría, sugiere que el “debilitamiento institucional” puede ser una “estrategia política” a la que pueden apelar tanto quienes gobiernan como quienes aspiran llegar al poder.

—¿Cuál es la responsabilidad de las élites en el caso chileno?

—En Argentina usamos la expresión “con el diario del lunes” para (hacer referencia a que) es más fácil opinar sobre una situación cuando los hechos están consumados. La intención de “despolarizar” fue una reacción natural a la gran violencia política que había vivido Chile durante la dictadura y al miedo a que se repitiera. Yo creo que las élites que lideraron el proceso de transición, que habían



Victoria Murillo, politóloga argentina:

“Mi impresión es que de esta elección no va a salir un presidente mayoritario”

vivido la década del 70, sobre todo del lado de la (antigua) Concertación, fueron conservadoras al querer hacer políticas incrementales porque tenían miedo al retorno, sobre todo en los primeros años de la democracia. Me parece que después hubo una cierta falta de adaptación al hecho de que las promesas, tal vez la más clásica, “la alegría ya viene” del NO, no parecían cumplirse en la forma en la cual esperaba la ciudadanía o, al menos, no gran parte de la ciudadanía.

Murillo dice que sin poder responder aparentemente a las demandas de la sociedad, las élites “se fueron separando cada vez más de la sociedad”, provocándose “una crisis de representación”.

—“La Ley y la Trampa en América Latina” sostiene que las élites aceptan que se garanticen derechos sin necesariamente existir las instituciones que se encarguen de cumplirlos; una suerte de ilusión prometida.

—Parte de lo que hacía a Chile un país distinto en la región hasta ahora, era la fortaleza relativa de sus instituciones, como la Constitución del 80. Y como toda fortaleza, no está dada por la letra de la ley sino que por el poder de los que la sostienen. Había en el Congreso unas coaliciones que la sostenían y en la sociedad, había poderes económicos suficientemente fuertes como para que esta Constitución se cumpliera. Y se cumplió bastante más que las otras constituciones latinoamericanas, pero es verdad que la Constitución del 80 prometía muchísimo menos que las otras constituciones latinoamericanas, sobre todo en el terreno de los derechos.

Emergen los “outsiders”

—Medios de comunicación, analistas y encuestadores sugieren que esta es la elección más incierta de estos últimos 30 años en Chile. ¿Qué cree usted?

—Es claramente la más incierta. La transición democrática ya nos había dado en la elección del plebiscito un pantallazo de cómo sería la primera elección de la transición. En general, en los países donde esta no es pactada, suele ser incierta (...) En el caso chileno, (los resultados del) plebiscito convocado por Pinochet, dejaron claro que la mayor parte de la gente había optado por una transición y que la Concertación tenía más chance de ganar la elección. Y los partidos estaban bien estructurados alrededor de las identidades de la década del 70 (...), realmente uno podía trazar su genealogía al momento anterior a la dictadura. En cambio, yo creo que el gran corte hoy es el 18-O. Los partidos ya venían desestructurándose y partiéndose en pedacitos (...) Para el 18-O eso estalló, el descontento con los partidos hizo explosión y lo que se ve es que los dos candidatos que aparentemente emergen como liderando la carrera, con todas las limitaciones que tienen las encuestas, son dos “outsiders”, uno por la derecha y otro por la izquierda. Me parece que eso habla del rechazo por ambos lados al sistema de partidos que gobernaba Chile.

—Un ex dirigente estudiantil y figu-

ra importante en el estallido por un lado, y el fundador del partido más conservador del país por el otro.

—Las protestas estudiantiles marcaron los límites. Ya había habido protestas, pero los secundarios y después los universitarios marcaron los límites con grandes movimientos de protestas que después seguirían otros movimientos. Fue el principio de marcar los límites del sistema de partidos, de esta idea de desmovilizar que había traído la transición democrática. Y si bien Kast tiene un pasado en la UDI, realmente fue parte del sistema de partidos muchísimo más que Boric. (Kast) ha tomado la posición, ya desde la elección anterior, de presentarse como “yo soy distinto”, como el “Bolsonaro chileno”, incluso con su última declaración respecto a la dictadura de Pinochet. Me parece que la idea de que la derecha chilena se había despegado de Pinochet, de que la figura de Piñera era diferente al Pinochetismo, se rompe con Kast.

—¿Cuáles son las implicancias que tiene en la derecha chilena el fortalecimiento del partido republicano?

—El fenómeno de la extrema derecha o de la derecha radical es un fenómeno que excede a Chile. Es un momento histórico, donde con (Donald) Trump, (Viktor) Orbán, (Jair) Bolsonaro, Vox en España, hay un esfuerzo de esta derecha más radical de ocupar un lugar en el mundo y ayudarse entre sí. Es una derecha muy nacionalista pero que trabaja mucho internacionalmente. Me hace acordar del internacionalismo de los comunistas al principio.

Y continúa:

—En ese sentido, no es tan raro que alguien en Chile ocupe ese lugar. En Argentina mismo está (Javier) Milei, en casi todas las elecciones recientes hemos visto a alguien ocupar ese lugar en el espectro político. Lo que tiene de interesante el caso de Kast y el de Bolsonaro, es que la derecha en Chile, sobre todo la política, no tanto los votantes, se despegan del gobierno y se suman a lo que ellos ven como “el carro victorioso de Kast”. En el caso brasileño, el “antiperonismo” es una fuerza que divide, tal como el antiperonismo en Argentina, y Bolsonaro lo absorbió en la elección pasada. En el caso de Argentina, lo absorbió un centro derecha, no la figura extrema de Milei. Eso sí, siempre hay uno de estos. En la elección peruana también. Están de moda en el mundo, todos se copian, miran al del lado. Lo interesante es cuando este personaje se transforma en el punto pivote para organizar la polarización de un país; ocurrió en Brasil y pareciera estar ocurriendo en Chile.

—¿Qué tan común es esta figura de polarización a nivel latinoamericano?

— Súper común. No solo en Latinoamérica, sino en el mundo. Es la forma en la que los partidos están buscando definir sus identidades. Dependiendo del caso, en América Latina la polarización está reorganizando o desorganizando los sistemas de partidos. Yo creo que parte de las razones de (la polarización) de los votan-

tes se deben a un aumento de la percepción de desigualdad (...) Muchas desigualdades que antes se aceptaban como normales han dejado de aceptarse (...) También hay un contexto de tanta información que los votantes ya están aburridos, no pueden más. Los discursos polarizantes facilitan la creación de identidades, que uno reconozca un partido. Yo no sé bien cuál es la diferencia entre todos los partiditos que había antes del 18-O, pero claramente la diferencia entre Boric y Kast se nota (...) El hecho de polarizar tiene dos valores. Uno, refuerza lo que se llama la “marca” del partido, facilitando la identidad para el votante. Segundo, hay un proceso psicológico que muchas veces genera identidades afectivas muy fuertes, porque se presenta al otro como “el fin del mundo”. Entonces si yo me reconozco en este lado, el otro cada vez se me hace más intolerable. Y eso afirma las lealtades.

—Los candidatos de centro, sin embargo, han usado la polarización como arma. Uno es muy liberal, el otro, muy conservador. En el último debate la candidata Y. Provoste habló de que uno ofrecía “orden sin cambios” y el otro “cambios sin orden”.

—Hay dos candidatos que lideran con distintos porcentajes. Esos votos ya están decididos, pero hay un gran porcentaje de indecisos. La pregunta es: ¿vas a los indecisos diciéndoles, “okey, estas opciones son muy arriesgadas, dan miedo, busquemos algo moderado” o finalmente los indecisos van a decir “(estos candidatos) son más peculiares, (los otros) ya tuvieron su oportunidad y llegamos acá?”. Sichel representa algo que ya tuvo su oportunidad. Al final la polarización va a terminar empujando a los indecisos en una dirección o en otra. Lo que estamos viendo en la región es un empuje mayor de la polarización que en otro momento: no es el centro el que está ganando sino más bien los extremos. Ocorre en la elección de Perú, ocurre con Bolsonaro y Lula. Me da la impresión que hay un esfuerzo de reorganizar en dos polos y eso, por supuesto, en el caso chileno, se le suma al legado de las (antiguas) Alianza por Chile y la Concertación. Ya tuvieron su chance, su oportunidad y no terminaron de resolver los problemas aparentemente como quería la población. El estallido refleja su incapacidad o su incompetencia.

—En este contexto, ¿cómo se definiría una democracia en el siglo XXI?

—En general la literatura de la ciencia política es bastante pesimista respecto al impacto de la polarización sobre el funcionamiento democrático, pensado como un sistema político donde se responde a las mayorías y pensado como un sistema donde de algún modo los vaivenes o cambios de gobierno no tienen por qué ser tan radicales, sobre todo con las minorías que perdieron. Me parece que la polarización aumenta muchísimo la agresividad de un lado hacia el otro. (...) Y, por otro lado, tiene el valor de reorganizar el sistema político en dos polos que proveen alternativas.



El fenómeno de la extrema derecha excede a Chile. Es un momento histórico (...) y hay un esfuerzo de esta derecha de ocupar un lugar en el mundo y ayudarse entre sí”.



Parte de lo que hacía a Chile un país distinto era la fortaleza relativa de sus instituciones, como la Constitución del 80. Y como toda fortaleza, no está dada por la letra de la ley sino por el poder quienes la sostienen”.

Osea, la otra opción es que esté todo fragmentado y no haya ninguna gobernabilidad. Mi impresión es que de esta elección no va a salir un presidente mayoritario, pero puede ser que si se polariza, se reorganice el sistema de partidos chilenos alrededor de estas dos opciones.

Enojados con la vieja política

—¿Cuál podría ser el impacto del resultado de las elecciones en el continente?

—Los países de América Latina en este momento están muy centrados en sí mismos, más que de costumbre. Nadie le presta particular atención al país del lado. Me da la impresión de que el 18-O hizo, sin embargo, que muchos países pusieran el foco en Chile. Siendo un ejemplo de crecimiento económico y estabilidad económica, el estallido puso eso en jaque y demostró que era otra la realidad. Entonces va a tener un impacto en la región. Hay países que están atentos a qué va a pasar con la Constitución y quién será el presidente durante el proceso de salida de esta.

—Hemos visto recientemente la derrota electoral del peronismo en Argentina y la llegada de un presidente peruano cuya campaña repudió a la élite gobernante, ¿cómo impacta este otro escenario a la elección chilena?

—Impacta en el sentido de que es importante pensar que hay límites al poder de quien sea que esté en el gobierno. No sé quién ganará la elección, pero no necesariamente quien gane va a tener la capacidad de hacer lo que prometió en campaña. Primero, porque calculo que va a ser un presidente minoritario que no va a tener control del Congreso y segundo, porque el poder no está solo en las instituciones políticas. El poder está en los grupos económicos, en las calles. El poder va a seguir dirimiéndose fuera y dentro de las instituciones políticas. El caso peruano es el más claro, (Pedro) Castillo realmente no puede hacer mucho. No ha cambiado tanto Perú con su elección. Me parece que hay un nivel de expectativas enormes sobre el resultado de la elección y no es solo el resultado de la elección lo que va a determinar el futuro de Chile.

—La política tradicional desplazada por candidatos emergentes, ¿es síntoma de que Latinoamérica ya no le cree?

—En América Latina y muchos lugares, hay un descontento con la política tradicional. Las encuestas te dicen que los partidos y los congresos tienen muy poca popularidad en todo el mundo. La interpretación que le doy a estas candidaturas es la de un gran descontento con lo que había. No me queda claro que ese descontento sea una gran felicidad con la nueva política que viene. Sí que hay cansancio y enojo con la política tradicional. Que eso haya podido construir una nueva política, me queda menos claro. Las opciones del enojo a veces son de izquierda, a veces de derecha, no hay un camino tan claro. ¿Qué tienen en común Castillo, Bolsonaro, Boric y Kast? Solo que la gente estaba enojada con los que gobernaron antes.